

Del autor de la exitosa saga *El asesino de comparsistas*

FERNANDO MACÍAS

YO ME
ENAMORÉ
DE TI 
POR CULPA
DE LOS 
CARNAVALES 

Una chica con el corazón roto.

Un viaje.

Un chico capaz de sanar heridas con su voz.

Los planetas se alinean para que se encuentren en la ciudad más antigua de occidente.

Se conocen.

El destino vuelve a conjurarse para separarlos.

La música intervendrá para intentar unir sus caminos y sus corazones.

¿Lo conseguirán?

Yo me enamoré de ti por culpa de los carnavales Fernando Macías Grosso

*A los que se enamoraron y a los que siguen
enamorados del Carnaval de Cádiz.*

*«Sé de mujeres más bonitas
que el balcón de la alameda,
son las que llevan en su cara
el sur del mundo en primavera».*

Flamenkito Apaleao

Capítulo 1

Sofía estaba sentada frente al ordenador. Se recogía el pelo rubio y brillante en una coleta con la que jugueteaba nerviosa. Su cara, ya de por sí blanquecina, adoptaba un color cadavérico a causa del brillo de la pantalla. Había pasado toda la tarde estudiando y se había concedido unos minutos para cotillear un poco Facebook. Al entrar, un mensaje de Gonzalo llamó su atención en una ventana del navegador.

Gonzalo: Hola, Sofía.

Sofía: ¡Hola, mi amor!



Gonzalo: No sé cómo decirte esto, pero creo que tenemos que hablar.

Sofía: ¿De qué quieres que hablemos?



Gonzalo: He estado pensando, Sofía; y creo que necesito tiempo.

Sofía: ¿Tiempo para qué? Me estás asustando, Gonzalo.

Gonzalo: No te asustes, tranquila.

Sofía: ¿Cómo que tranquila? Eso es lo que se dice cuando quieres liarte con otra. ¿Quieres liarte con otra, Gonzalo?

Gonzalo: ¡Anda ya, tonta! No quiero liarme con nadie. Pero he estado dándole vueltas al coco, y no quiero que malinterpretes mis palabras, pero... no sé cómo decirlo... creo que no somos compatibles.

Sofía: ¿Qué no somos compatibles? ¿Acaso tú eres un juego de Xbox y yo una Play Station? ¿¡Te estás quedando conmigo!? Dime que te estás quedando conmigo, por lo que más quieras.

Gonzalo: Estoy hablando en serio, Sofía. Lo siento.

Ella se levantó de la silla como si esta se hubiera puesto incandescente y le quemara el trasero. Dio cuatro vueltas en círculo por la habitación royéndose las uñas y, negando con la cabeza, se volvió a sentar.

Releyó uno por uno los mensajes que había escrito Gonzalo. No podía salir del asombro, hasta que cogió el teclado y retomó la conversación.

Sofía: ¿Estás cortando conmigo por internet? Al menos deberías haber tenido el valor de decírmelo a la cara.

El rostro de Sofía iba encendiéndose como una caldera. Apretaba el ratón como si quisiera hacerlo añicos. Si hubiera tenido delante a Gonzalo probablemente le habría sacado los ojos con sus propias manos.

Gonzalo: Te dije ayer de quedar, Sofía. Llevo varios días queriendo verte, te lo dije esta mañana también por WhatsApp. No me has dejado otra. Es más fácil tener audiencia con el Papa que una cita contigo.

Sofía: Ya, pero tenía que estudiar, Gonzalo. Quedan cuatro meses para los exámenes de junio de la universidad. ¡Solo cuatro meses! ¿Tú sabes lo rápido que pasan cuatro meses?

Gonzalo: Eso mismo digo yo, quedan cuatro meses. Hasta ahora, has sacado todo matrícula de honor. ¿Qué más tienes que estudiar?

Sofía: Claro, como tu padre te paga la carrera en una universidad privada, no te preocupa suspender, ¿verdad? Yo tengo que sacar buenas notas para que me den la beca, ¿recuerdas?

Gonzalo: No empieces con eso. No tengo la culpa de que mi padre tenga dinero.

Sofía: No he empezado yo, te recuerdo que eres tú el que me está dejando.

El corazón de Sofía latía a un ritmo desconocido para ella. Intentaba asimilar las palabras de Gonzalo respirando pro-

fundamente. Se levantó de la silla de nuevo y se fue a abrir la ventana. El sol resplandecía por las calles del centro de Sevilla, pero tuvo la impresión de que un manto de oscuridad cubría la ciudad. Al volver al escritorio tenía un nuevo mensaje de Gonzalo.

Gonzalo: En eso tienes razón.

Se volvió a sentar, las lágrimas asomaban ya por el balcón de sus ojos y decidió que se arrastraría si era necesario, aunque de manera sutil.

Sofía: Pero si ya teníamos los nombres para nuestros hijos, la iglesia donde nos íbamos a casar, el lugar del convite e incluso el grupo que tocaría la noche de bodas para nuestros quinientos invitados.

Gonzalo: Sinceramente, no me gustaban los nombres. ¿Quién le pone John Snow o Daenerys Targaryen a sus hijos? El del registro habría llamado al manicomio y nos habrían encerrado.

Sofía: ¿Tampoco te gustaba la iglesia donde nos íbamos a casar?

Gonzalo: ¿El castillo ese que querías decorar como si fue-

ra Invernalía? La verdad es que no.



Sofía: Entonces ya no hablamos del lugar del convite...

Gonzalo: Mejor que no. Lo único que me gustaba era la tarta de chocolate.

Sofía no pudo contener más las lágrimas y comenzó a llorar a moco tendido.

Gonzalo: Pero no pasa nada, Sofía, siempre me tendrás como amigo.

Sofía: Me acabas de romper el corazón, ¿y me ofreces tu amistad? Si quiero un amigo, sé muy bien dónde encontrarlo, no te preocupes.

Sinceramente, no tenía ni idea de dónde dar con alguien que la consolara o, al menos, la escuchase llorar. Sofía le

dio un trago al Monster que la había acompañado toda la tarde. De él solo quedaba un poso caliente y sin gas. Con las manos levitando sobre el teclado, cavilaba sobre si debía preguntarle si aquello era definitivo o, si por el contrario, habría alguna esperanza de volver juntos. Después de unos segundos desistió.

Gonzalo: Lo siento, Sofía.

Sofía: ¿Qué sientes? ¿Es todo una broma? ¡Dime que era una broma!

Gonzalo: No es ninguna broma, de verdad. Lo nuestro ha acabado.

Sofía abrió el perfil de Gonzalo y vio en un recuadro su foto. Parecía un modelo de champú con su pelo moreno y rizado. Que llevara la camisa de Polo que ella le regaló en su primer mes juntos fue la gota que colmó el vaso. Abrió una pestaña que decía «Bloquear» y pulsó sin titubear. Un mensaje de confirmación le advertía que no podría volver a ver ninguna publicación ni ponerse en contacto con ese perfil a través de Facebook. Sofía confirmó sin vacilar.

Capítulo 2

Cuando su hermana Beatriz entró en su cuarto, se encontró a Sofía llorando desconsolada y abrazada a la almohada. Esta no se percató, y si lo hizo, apenas le importó. Su hermana se acercó de puntillas y la zarandeó como si quisiera comprobar que seguía con vida.

—¿Sofía, qué haces en mi cuarto? ¿Qué te pasa, Sofía? ¿Estás llorando? ¿Has vuelto a sacar un notable?

Sofía no respondía a las sacudidas y probó a usar los pellizcos. Aquella técnica sí dio resultado.

—¡¡¡Déjame en paz!!!

El grito asustó tanto a Beatriz que dio un paso hacia atrás con la cara desencajada. Con sumo cuidado, como si el colchón fuera a explotar si se sentaba muy rápido, se acomodó junto a su hermana y le echó el brazo por encima.

—¿Qué te pasa, Sofía? Me estás asustando, de verdad.

Esta se sorbió las lágrimas y le hizo un gesto con la cabeza que decía «nada». Pero no convenció a Beatriz. Ella no era su mejor amiga, pero sabía que algo no iba del todo bien; «eso es lo que suelen significar las lágrimas», pensó.

—¿En serio no te pasa nada? Tu cara no dice lo mismo. ¿No me digas que estás llorando de nuevo la muerte de John Snow en *Juego de tronos*? ¡Pero si al final resucita!

—No, joder. No es eso. —Hubo un tímido atisbo de sonrisa—. ¡Te he dicho que me dejes en paz!

—En serio, Sofía. Si quieres, podemos hablar.

Sofía se descubrió el rostro y la miró con los ojos hinchados.

—No es nada. Es que acabo de cortar con Gonzalo. Pero no le digas nada a mamá.

—¿Has cortado con Gonzalo?

—Sí, he cortado con él.

—Pues tienes cara de que te ha dejado él.

Sofía la miró sin poder seguir fingiendo durante más tiempo.

—Bueno, sí, me ha dejado él. ¿Qué más da eso ahora?

—Da, hija, claro que da.

Beatriz bajó el tono y le acarició el pelo. Nunca había visto a su hermana mayor de aquella manera. Para ella era una chica inquebrantable y siempre tenía una sonrisa tatuada en los labios. Verla así hecha un ovillo... parecía demasiado vulnerable.

—No te preocupes, Sofía. Hombres hay miles —le dijo Beatriz besándole la frente.

—Millones, hay millones. Según las estimaciones de la ONU hay siete mil millones de personas en el mundo. La mitad, prácticamente, son mujeres. Por tanto, hay tres mil quinientos millones de hombres.

—Lo que no sé es cómo te ha aguantado tanto el pobre de Gonzalo. ¿Qué han sido ocho meses los que habéis estado juntos?

—Nueve meses, dos días, siete horas y... —echó mano del reloj— y doce minutos. Los mejores nueve meses, dos días, siete horas y doce minutos de mi vida —dijo volviendo a llorar.

—Bueno, no pasa nada. Ya llegará otro, mujer.

—Pero yo no quiero otro. Yo lo quiero a él. ¿No lo entiendes?

—Tienes que pasar página pronto, hermana. Estos sofocones no son nada buenos.

—En eso tienes razón. Hay un estudio que dice que el veinte por ciento de las personas que salen de una relación se ven sumidas en una depresión. Y yo no quiero ser una depresiva y acabar tomando ansiolíticos. ¡Eso jamás!

—Cualquiera te aguantaría drogada... —pensó en voz alta.

—¿Qué has dicho?

—Que el viernes voy a ver la final del Carnaval de Cádiz con unos amigos, te puedes venir con nosotros, si quieres.

—Yo no pego nada con tus amigos. Sois todos unos enanos.

—Solo eres un par de años mayor que todos nosotros, tampoco flipes.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Sofía mostrando poco interés.

—Vamos a casa de Eva. Sus padres están de viaje de negocios. Al menos eso le dicen, yo creo que se van de vacaciones —susurró—. ¡Ah! Y estará el hermano de Eva, ese que va a la misma universidad de pijos que Gonzalo.

—¿Qué hermano de Eva, el guapo?

—Efectivamente, John el guapo.

—¿Se llama John?

—No, se llama Juan. Pero puede ser tu nuevo Juan de las Nieves.

—Pero a mí no me gusta el carnaval y me da cosa presentarme así porque sí.

—Creo que a él tampoco le gusta mucho, ya tenéis algo en común.

Sofía se quedó mirando pensativa el marco de la ventana.

—No lo veo, Beatriz.

—Tienes varios días para pensarlo. Recuerda que te vendrá bien salir de casa para evitar la depresión y acabar viviendo sola rodeada de gatos.

Sofía lanzó a su hermana una mirada desconcertada.

—Tienes razón. No puedo dejarme arrastrar por la melancolía. Tengo que pensar en otras cosas. Gonzalo es ya un capítulo pasado de mi vida. Me pensaré lo del viernes.

Capítulo 3

Sofía pasó varios días con el alma encogida y el corazón roto. Le costaba hacerse a la idea de que Gonzalo ya no era parte de su vida. Jamás Sevilla había sido tan gris. Cada rincón estaba impregnado de él, y aunque lo evitaba, no podía dejar de pasar por las calles por las que había paseado con él de la mano.

En clase estuvo algo ausente, aprender le pareció secundario durante unos días en los que dejó de levantar la mano, como era costumbre en ella.

Pero Sofía estaba hecha de otra pasta y pronto empezó a convencerse de que lo mejor sería centrarse en superarlo. Pensaba en aceptar la invitación de su hermana; sería la primera vez que saldrían juntas.

Una tarde decidió deshacerse de todos los regalos y recuerdos que tenía de él, había leído que era una forma muy efectiva de pasar página tras una ruptura sentimental. Tiró, con toda la pena del mundo, una agenda de Mr. Wonderful que le había regalado las pasadas navidades. Por supuesto, lo hizo en el contenedor de reciclaje de papel. También se desprendió de dos camisetas, un colgante de plata con el símbolo de los Stark y unos calcetines de colorines a los que había cogido mucho cariño.

Al llegar el viernes, su humor empezó a mejorar y cuando terminaron las clases, la sonrisa le volvió a los labios. Saliendo de la facultad revisó su teléfono. Tenía un WhatsApp, precisamente, de su hermana.

Beatriz: ¿Te vienes esta noche al final? Le he dicho a Juan que quizá vendrías y le ha hecho mucha ilusión. 🤔

Sofía respondió de manera impulsiva sorprendiéndose a sí misma.

Sofía: Claro que sí. Creía que ya te lo había dicho.

Beatriz: No te hagas la interesante, no me habías dicho nada. Estate preparada a las ocho, anda. 😏

Sofía: 😊👍

Durante la ducha había decidido que no volvería a llorar más por Gonzalo. Se lo había prometido varias veces mientras el aroma a frambuesas de su jabón inundaba el cuarto de baño.

«Se acabaron las penas», se reprochó a sí misma sin poder evitar que varias lágrimas se mezclaran con el agua de la ducha.

Enjuagándose el pelo, no dejaba de pensar en qué momento de la evolución el ser humano pasó de usar un sistema ideado para mantener los ojos húmedos y lubricados a usarlos para expresar emociones.

«A veces, evolucionamos para atrás», pensó cerrando el grifo y cogiendo la toalla para secarse el cuerpo.

Al salir de la ducha cogió su teléfono. Por un momento esperó encontrar un mensaje de Gonzalo pidiéndole disculpas o diciéndole que se arrepentía. Pero lo único que encontró fue una notificación de batería baja.

Buscó en su *smartphone* la aplicación de Spotify, aún le quedaba batería para escuchar algo de música mientras se arreglaba. Dejó a un lado sus listas de reproducción donde, básicamente, había música clásica y bandas sonoras de series, y probó con la lista de éxitos del momento. El número uno lo copaba un cantante del que apenas había oído nada.

*Si te vas, yo también me voy,
si me das, yo también te doy mi amor.
Bailamos hasta las diez,
hasta que duelan los pies.*

Aquella música no le entusiasmaba demasiado, e incluso le pareció ridícula, aun así le hizo olvidarse por un rato del que había sido su chico.

Sus pensamientos se fueron directamente hacia Juan. Habían pasado dos meses desde la última vez que lo había visto. Iba de la mano de Sandra, una morena de metro ochenta y ojos verdes.

Se preguntó si seguirían juntos.

Sofía se alisó el pelo, se puso un discreto maquillaje y un sujetador que aumentó su pecho, no muy generoso, dos tallas más. Se miró en el espejo y su autoestima creció varios puntos. Se recogió un poco la falda y se subió a unos tacones bastante altos que no recordaba haber estrenado nunca.

Ya estaba lista para su primera noche de soltera.

Beatriz abrió la puerta del cuarto de baño vestida con unos vaqueros y una camiseta de gran escote, ella sí había sido agraciada con algo más de pecho.

—Creo que te has arreglado demasiado, ni que fuéramos a una discoteca, Sofía.

—Bueno, ya no tengo tiempo para pensar en otro modelito, así que vámonos.

Se despidieron de sus padres en la puerta. La casa de Eva estaba a cuatro calles de donde vivían y decidieron ir caminando.

—Oye, Beatriz, no es por nada, pero ¿Juan no estaba con la chica esta... cómo se llamaba?

—Sandra, se llamaba y se llama.

—¿Sabes si siguen juntos?

—No sé, con esos dos nunca se sabe. Lo mismo están juntos un día, que al día siguiente andan enrollados cada

uno con otra persona.

«Espero que hoy sea el día que los pille mosqueados. No me importaría tener un acercamiento con él», pensó Sofía, que sintió su teléfono vibrar en ese momento.

Su batería le avisaba de que estaba bajo mínimos. A la vez que caminaba, también revisó si había algún mensaje en Facebook. Su hermana también iba sumida en sus redes sociales cuando escuchó el golpe.

Fue un golpe seco y metálico.

Al girar la cabeza, vio a Sofía cayendo sobre la acera tras darse un golpe con una señal de prohibido el paso.

—Sofía, ¿estás bien? —preguntó su hermana guardando apresuradamente el teléfono y yendo a socorrerla.

Se había golpeado la frente de lleno y un chichón comenzaba a crecer sin visos de detenerse.

—Estoy bien —logró decir tras unos segundos en los que vio estrellas danzando a su alrededor. Cuando recobró un poco la visión, buscó por el suelo hasta encontrar su teléfono móvil y, con la ayuda de Beatriz, se puso de pie.

—Vamos arriba, hermanita. Si es que no te puedo sacar a la calle...

Al mirarse en el espejo retrovisor de un coche allí aparcado, se dio cuenta de las dimensiones del porrazo. Tenía la parte superior de la cara deformada y se vio horrenda.

—Pero ¿cómo voy a ir con esta jeta? Tengo un volcán creciendo en mi frente...

—Tampoco es para tanto. Es un golpecito de nada —dijo su hermana sin mucho convencimiento. El bulto había cobrado vida propia y parecía querer separarse del cuerpo de Sofía.

—¿Un golpecito de nada, Beatriz? Parece un *alien* saliéndome de la cabeza.

—Ahora te damos un poco de hielo y punto. No seas más quejica.

—Me vuelvo a casa, Beatriz. No debería haber salido —dijo dando media vuelta.